

II, Madrid, Rialp, 2011, pp. 238 ss.; Javier ECHEVARRÍA, *Eucaristía y vida cristiana*, Madrid, Rialp, 2005; Pedro RODRÍGUEZ, *Camino, una espiritualidad de vida cristiana*, Madrid, Astygi, 1972.

Genara CASTILLO

CARIDAD

1. El *mandatum novum*. 2. Universalidad del amor cristiano. 3. Caridad, afectividad y cariño. 4. Caridad, comprensión, perdón y justicia.

San Josemaría, recogiendo la tradición bíblica, explica de muchos modos cómo el amor a los hombres se fundamenta en el amor a Dios. La unidad con que san Josemaría presenta estos dos aspectos del amor es tal que cabe hablar de “un único Amor fontal omnipresente, sencillo, inteligente, recio y tierno a la vez” (CARDONA, 1988, p. 175). En este *Diccionario* se dedica una voz propia a su enseñanza sobre el Amor a Dios. Por este motivo, esta voz se centra en la doctrina de san Josemaría sobre la virtud de la caridad cuando se dirige hacia los hombres.

La práctica de la caridad, característica esencial de la vida de san Josemaría, constituye un elemento central de su enseñanza. Fue un sacerdote que sabía querer del todo, sin cortapisas, y que enseñó a amar “con el ansia de repartir calor divino y humano, *ahogando el mal en abundancia de bien*” (ECHEVARRÍA, 1994, p. 251).

Su doctrina en torno a la caridad está enfocada desde una perspectiva trinitaria y cristocéntrica. La clave principal radica en el amor de Cristo. “(...) El amor de Jesús a los hombres es un aspecto insondable del misterio divino, del amor del Hijo al Padre y al Espíritu Santo” (ECP, 169). El hombre tiene así acceso en la gracia a la “corriente de amor instaurada en el mundo por la Encarnación, por la Redención y por la Pentecostés” (ECP, 163). San Josemaría contempla el desbordarse de la caridad

desde su fuente en Dios, que es Amor (cfr. AD, 228), a través de Jesucristo (cfr. ECP, 163; AD, 224, 230), como fruto del Espíritu Santo (cfr. AD, 236), para transformar al cristiano a imagen de Cristo (cfr. AD, 236) y hacerlo así capaz de amar a todos los hombres como el Señor lo ha hecho (cfr. AD, 225). Dentro de esta corriente sobrenatural, el amor a los demás queda inscrito como parte integrante del acercamiento del hombre a Dios: “la caridad con el prójimo es una manifestación del amor a Dios” (AD, 232).

En suma, a la luz de la caridad de Cristo, el amor del cristiano “se fundamenta en una raíz sobrenatural, puesto que no se guía por simpatías o antipatías, sino que procede de Dios mismo, que se nos revela –con su paso por la tierra– profundamente humano; pone en ejercicio los resortes de la afectividad que acompañan siempre a la caridad auténtica” (ECHEVARRÍA, 2001, p. 203). Por otra parte, como las demás virtudes, la caridad está también llamada a crecer. El progreso en la vida cristiana nunca se puede dar por terminado (cfr. AD, 232). De ahí que san Josemaría sostenga que sería ingenuo pensar que las exigencias de la caridad se cumplen con facilidad. Siempre es necesario el empeño personal (cfr. AD, 234).

1. El *mandatum novum*

San Josemaría extrae su enseñanza sobre la caridad del Evangelio mismo. Entre los textos del Nuevo Testamento que tiene más presentes, además del referido al doble mandamiento del amor a Dios y al prójimo (Mt 22, 37-40), debe destacarse por su especial importancia el relacionado con el *mandatum novum* de la caridad (Jn 13, 34-35).

Por el misterio de la Encarnación, el Verbo ha asumido una naturaleza humana perfecta. Cristo se ha convertido así en el verdadero modelo de todo lo humano (cfr. AD, 74). El *mandatum novum* viene a ser un puente perfecto entre el obrar de Jesús

y su doctrina: el Señor muestra en su manera totalmente única de amar el modelo que los discípulos han de imitar. “Sólo de esta manera, imitando –dentro de la propia personal tosquedad– los modos divinos, lograremos abrir nuestro corazón a todos los hombres, querer de un modo más alto, enteramente nuevo” (AD, 225). En las palabras de Cristo queda claro que la caridad mutua es el rasgo que permite reconocer a los cristianos como sus verdaderos discípulos. Jesús enseña a vivir todas las virtudes, pero deja claro que el amor mutuo es “la característica que distinguirá a los apóstoles, a los cristianos auténticos de todos los tiempos” (AD, 224). Por tanto, “la caridad es la sal del apostolado de los cristianos; si pierde el sabor, ¿cómo podremos presentarnos ante el mundo y explicar, con la cabeza alta, *aquí está Cristo?*” (AD, 234).

La caridad es un elemento esencial e indispensable de la vida del cristiano. El que se une a Cristo ha quedado transformado por el amor de Dios: “pongamos generosamente nuestro corazón en el suelo, de modo que los otros pisen en blando (...). Debemos comportarnos así, porque hemos sido hechos hijos del mismo Padre, de ese Padre que no dudó en entregarnos a su Hijo muy amado” (AD, 228). En esa línea, establece una estrecha relación entre el texto joánico del *mandatum novum* y el de san Pablo, en el que el apóstol exhorta: “Llevad unos la carga de los otros y así cumpliréis la Ley de Cristo” (Ga 6, 2). En 1933, al poner la Residencia universitaria de Ferraz (DYA), quiso san Josemaría que esta encomienda presidiera la sala de estudio de la Residencia, mediante un cuadro con un pergamino en el que se escribió: “*Mandatum novum do vobis: ut diligatis invicem, sicut dilexi vos, ut et vos diligatis invicem. In hoc cognoscent omnes quia discipuli mei estis, si dilectionem habueritis ad invicem*” (Jn 23, 34-36). “En esa palabra de Jesús veía la síntesis del espíritu que quería inculcar a los estudiantes: amor, fraternidad, servir a los demás, llevar la carga de los otros. El «mandatum novum», en su

doble forma joánica y paulina, era algo que tenía en el alma” (CECH, p. 556).

2. Universalidad del amor cristiano

San Josemaría subraya el alcance universal de la caridad cristiana, que se extiende a todos los hombres (PERO-SANZ, 1988, pp. 67-72), creados a imagen de Dios y llamados a participar de la vida divina. “Esa es la gran osadía de la fe cristiana: proclamar el valor y la dignidad de la humana naturaleza, y afirmar que, mediante la gracia que nos eleva al orden sobrenatural, hemos sido creados para alcanzar la dignidad de hijos de Dios” (ECP, 133). El destinatario de la caridad es cada persona en virtud de su dignidad de hombre y de hijo de Dios: “amar al hombre por su intrínseca dignidad –y como consecuencia respetarlo y comprenderlo–, he ahí el claro enlace entre la dignidad humana y la razón del amor hacia los demás” (HERVADA, 1992, p. 19). La dignidad de toda persona se percibe, en efecto, con especial claridad a la luz de la fe, porque “cada hombre es único, insustituible. Cada uno vale toda la sangre de Cristo” (ECP, 80). La caridad, por tanto, ha de superar todas las barreras: “No hay más que una raza en la tierra: la raza de los hijos de Dios” (ECP, 13). La vida cristiana ha de ser un testimonio de santidad y caridad, una siembra de paz y de alegría en todos los ambientes, para llegar a todos los hombres, sea cual sea su estatus social, su profesión o su nivel cultural (cfr. AD, 130).

El amor cristiano no tiene límites en cuanto a su alcance, ya que debe proceder según una serie de círculos cada vez más amplios. Debe dirigirse de modo particular hacia los demás cristianos. “El principal apostolado que los cristianos hemos de realizar en el mundo, el mejor testimonio de fe, es contribuir a que dentro de la Iglesia se respire el clima de la auténtica caridad” (AD, 226). Sin este testimonio, “¿quién se sentirá atraído por los que sostienen que predicán la Buena Nueva del Evangelio?”

(*ibidem*). La caridad, siendo una virtud de horizonte universal, es una virtud ordenada. Ha de orientarse, en primer lugar, a los más cercanos: no creo en la caridad –escribía san Josemaría– “si martirizas a los de tu casa; si permaneces indiferente en sus alegrías, en sus penas y en sus disgustos (...)” (AD, 227). Pero ha de extenderse generosamente a todos, incluso hasta los “enemigos”. San Josemaría, glosando ese dicho evangélico, comentaba que acudía a esa palabra para referirse así a aquellos que se sitúan a sí mismos como tales: “yo no me siento enemigo de nadie, ni de nada” (AD, 230). A pesar de que pueda no sentir la atracción humana hacia aquellas personas que le rechazan, el cristiano debe devolver bien por mal. “Jesús nos exige que no les devolvamos mal por mal; que no desaprovechemos las ocasiones de servirles con el corazón, aunque nos cueste; que no dejemos nunca de tenerlas presentes en nuestras oraciones” (AD, 231).

La difusión de la doctrina cristiana sobre el amor de caridad presupone que todos, cristianos o no cristianos, conozcan mejor a Jesucristo y se acerquen más a Él (cfr. AD, 226-227). Todo hombre es imagen de Dios y merece ser amado. En consecuencia, es propio de la caridad cristiana “venerar (...) la imagen de Dios que hay en cada hombre, procurando que también él la contemple, para que sepa dirigirse a Cristo” (AD, 230). La caridad, que conduce a desear y buscar el verdadero bien para todas las almas, aspira a lograr “para ellas, antes que nada, lo mejor: que conozcan a Cristo, que se enamoren de Él” (AD, 231).

El eje de la enseñanza de san Josemaría radica en la vocación universal a la santidad de todo cristiano en medio de su vida ordinaria y de su trabajo, *poniendo a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas*. “Un secreto. –Un secreto, a voces: estas crisis mundiales son crisis de santos. –Dios quiere un puñado de hombres “suyos” en cada actividad humana. –Después... “pax Christi in regno Christi”

–la paz de Cristo en el reino de Cristo” (C, 301). Desde este punto de vista, la siembra de caridad que los cristianos han de realizar supone una contribución imprescindible a la construcción de una sociedad a la medida del amor del Corazón de Cristo (cfr. ECP, 167). Esta idea de san Josemaría, muy alejada de planteamientos confesionalistas o restauracionistas (cfr. ILLANES, 1994, pp. 589-592), es fruto de la convicción de que la sociedad humana habrá alcanzado una calidad tanto mayor cuanto más numerosos sean los que viven según el espíritu del Evangelio y cuanto más nítida sea su identificación con Cristo (cfr. DEL PORTILLO, 1995, pp. 221-223).

3. Caridad, afectividad y cariño

Un punto clave de la enseñanza de san Josemaría sobre la caridad es “que el amor sobrenatural, la caridad, tiene en nosotros una insuprimible dimensión humana; se trata del amor de una criatura que no es sólo espíritu, sino cuerpo y alma en unidad sustancial” (YANGUAS, 1998, p. 145). San Josemaría establece una adecuada integración de lo sobrenatural y lo natural, de lo espiritual y lo afectivo (cfr. YANGUAS, 1998, pp. 151-152). Encuentra en el corazón de Cristo el modelo de caridad que es, a la vez, humano y divino: “¡Gracias, Jesús mío!, porque has querido hacerte perfecto Hombre, con un Corazón amante y amabilísimo, que ama hasta la muerte y sufre; que se llena de gozo y de dolor; que se entusiasma con los caminos de los hombres, y nos muestra el que lleva al Cielo; que se sujeta heroicamente al deber, y se conduce por la misericordia; que vela por los pobres y por los ricos; que cuida de los pecadores y de los justos... –¡Gracias, Jesús mío, y danos un corazón a la medida del Tuyo” (S, 813).

Recogiendo una enseñanza de santo Tomás (cfr. S.Th. I-II, q. 26, a. 3), recuerda que la caridad es más que un mero afecto sensible: caridad (*dilectio*) expresa “una determinación firme de la voluntad. *Dilectio*

deriva de *electio*, de elegir. Yo añadiría que amar en cristiano significa *querer querer*, decidirse en Cristo a buscar el bien de las almas sin discriminación de ningún género” (AD, 231). Que en su esencia la caridad sea una “elección” de la voluntad explica, entre otras cosas, la posibilidad de que el cristiano ame a quien o a quienes no le atraen o le perjudican. La afectividad no es siempre criterio válido, e incluso puede no seguir a la valoración objetiva del bien que realiza la inteligencia, ni a la libre elección de ese bien que procede de la voluntad.

Son la inteligencia y la voluntad –en un cristiano la fe y la caridad infundidas por el Espíritu Santo– las que deben guiar la acción. Sin olvidar que el amor cristiano es una virtud sobrenatural que se despliega y crece a través de los actos de la voluntad elevada por la gracia, y que acoge e informa también todo el mundo de la afectividad, de manera que sanándola, perfeccionándola y elevándola, pueda contribuir en su lugar al obrar humano íntegramente bueno. “La gracia divina en efecto, está llamada a permear todo el hombre, no sólo la inteligencia y la voluntad; también la afectividad. Ese amplio y variado mundo que define y caracteriza en buena medida a cada persona, no debe ser sofocado ni suprimido, sino ordenado, reordenado, e integrado en el proceso de «cristificación»” (YANGUAS, 1998, p. 145).

San Josemaría tiene siempre presente el principio de que para ser divinos hay que ser muy humanos (cfr. BERNAL, 2002, p. 33). Insiste en que el hombre no tiene un corazón para el amor sobrenatural y otro distinto para el amor humano (cfr. ECP, 166; cfr. AD, 229). “No quería una caridad que no fuera también afecto, calor humano, y no quería «hijos sin corazón»” (TORELLÓ, 1993, p. 426). El amor sobrenatural, a la vez que acoge la afectividad humana, la purifica. Esa purificación del corazón resulta necesaria para que el amor no se corrompa: es preciso apartarse de la insensibilidad, pero también de los excesos del sentimentalismo,

o de los engaños de la sensualidad. “Poniendo el amor de Dios en medio de la amistad, ese afecto se depura, se engrandece, se espiritualiza; porque se queman las escorias, los puntos de vista egoístas, las consideraciones excesivamente carnales. No lo olvides: el amor de Dios ordena mejor nuestros afectos, los hace más puros, sin disminuirlos” (S, 828).

La caridad verdadera no es reducible a mero sentimiento, pero el sentimiento también está llamado a intervenir, ordenadamente, haciendo que la caridad se exprese en cariño, ternura, atención, interés, cuidado. No se trata de una asistencia puramente exterior o simple beneficencia. “Si pensásemos (...) que conservar un corazón limpio, digno de Dios, significa *no mezclarlo, no contaminarlo* con afectos humanos, entonces el resultado lógico sería hacernos insensibles ante el dolor de los demás. Seríamos capaces sólo de una caridad *oficial*, seca y sin alma, no de la verdadera caridad de Jesucristo, que es cariño, calor humano” (ECP, 167).

En la enseñanza de san Josemaría, “se subraya fuertemente esa dimensión humana de la virtud teologal –divina en cierto modo– de la caridad. Quizá el ejemplo más frecuente, de una parte, y más logrado y bello, de otra, sea la presentación de la caridad como «cariño»: la caridad es afecto humano, «cariño» elevado al orden sobrenatural (...). El cariño humano, si está unido al amor de Cristo, es también sobrenatural” (YANGUAS, 1998, p. 154). Por tanto, despojar a la caridad del cariño, sería quitarle el calor humano y, en el fondo, falsificarla. San Josemaría se sirve de una elocuente anécdota para mostrar de forma gráfica su doctrina: “Expresaba bien esta aberración la resignada queja de una enferma: aquí me tratan con *caridad*, pero mi madre me cuidaba con *cariño*. El amor que nace del Corazón de Cristo, no puede dar lugar a esa clase de distinciones” (AD, 229).

4. Caridad, comprensión, perdón y justicia

Considera también san Josemaría que la misericordia, el perdón y la comprensión son elementos integrantes de la caridad sobrenatural. “–Me pondría de rodillas, sin hacer comedia –me lo grita el corazón–, para pedir os por amor de Dios que os queráis, que os ayudéis, que os deis la mano, que os sepáis perdonar” (F, 454). Enseña que la misericordia es más que mera compasión. “La misericordia se identifica con la superabundancia de la caridad que, al mismo tiempo, trae consigo la superabundancia de la justicia. Misericordia significa mantener el corazón en carne viva, humana y divinamente transido por un amor recio, sacrificado, generoso” (AD, 232). La capacidad de perdonar nace también como un momento interno a la propia caridad. “Decía –sin humildad de garabato– aquel amigo nuestro: «no he necesitado aprender a perdonar, porque el Señor me ha enseñado a querer»” (S, 804). San Josemaría ve en la comprensión una de las primeras manifestaciones de la caridad. “Más que en «dar», la caridad está en «comprender»” (C, 463). Afirma que la forma mejor de tratar al prójimo es “la de comprender a todos, convivir con todos, disculpar a todos; no crear divisiones ni barreras; comportarse –¡siempre!– como instrumentos de unidad” (AD, 233). A la vez, san Josemaría aclara que la comprensión no significa abstencionismo, ni indiferencia, sino actividad (cfr. F, 282; S, 864), porque conduce también a actuar para el auténtico bien de todos (cfr. S, 803). Hay que tratar con afecto al que yerra, pero sabiendo defender la verdad y la fe (cfr. F, 863), porque la verdad salva, y defenderla es también un reflejo del amor de Dios (cfr. S, 764).

En resumen, la doctrina sobre la caridad presenta en san Josemaría, por así decir, un carácter *sinfónico*, que integra en una visión unitaria la pluriforme realidad del amor humano con el amor que Cristo nos ha manifestado y la vocación a identificarse con Él.

Voces relacionadas: Amor a Dios; Fraternidad; Servicio, Espíritu de.

Bibliografía: AD, 222-237; C, 440-469; Salvador BERNAL, “Un gran amigo”, *Nuestro Tiempo*, 570 (2002), pp. 30-33; Carlos CARDONA, “Camino, una lección de amor”, en José MORALES (coord.), *Estudios sobre Camino*, Madrid, Rialp, 1988, pp. 173-179; Javier ECHEVARRÍA, *Itinerarios de vida cristiana*, Madrid, Planeta, 2001; Id., “Mons. Escrivá de Balaguer, un corazón que sabía amar”, en Aa.Vv., *La personalidad del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer*, Pamplona, EUNSA, 1994, pp. 243-261; Javier HERVADA, “El hombre y su dignidad en palabras de Mons. Escrivá de Balaguer”, *Fidelium Iura*, 2 (1992), pp. 11-26; José Luis ILLANES, “Trabajo, caridad, justicia”, *ScrTh*, 26 (1994), pp. 571-607; José Miguel PERO-SANZ, “Acogida universal”, en José MORALES (coord.), *Estudios sobre Camino*, Madrid, Rialp, 1988, pp. 67-78; Álvaro DEL PORTILLO, *Renderle amabile la verità. Raccolta di scritti di Mons. Alvaro del Portillo, pastorali, teologici, canonistici, vari*, Città del Vaticano, Libreria Editrice Vaticana, 1995; Giambattista TORELLÓ, “«Pazzo d’amore». La personalità del Beato Josemaría Escrivá”, *Studi Cattolici*, 389-390 (1993), pp. 420-428; José María YANGUAS, “Amar «con todo el corazón» (Dt 6, 5). Consideraciones sobre el amor del cristiano en las enseñanzas del Beato Josemaría Escrivá”, *Romana. Boletín de la Prelatura de la Santa Cruz y Opus Dei*, 26 (1998), pp. 144-157.

Juan Ignacio RUIZ ALDAZ

CARISMAS

1. Concepto de carisma. 2. Diversidad de carismas en la Iglesia. 3. El carisma fundacional del Opus Dei.

San Josemaría recibió de Dios un carisma específico para que hiciera nacer en la Iglesia la realidad del Opus Dei. Al servicio de ese carisma dedicó su vida.

1. Concepto de carisma

El término “carisma” viene del griego *charisma* (de *charis*: don/gracia con el sufixo *-ma* que indica en griego el efecto de

Aviso de Copyright

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.